

PERLITAS

***Educar con el corazón. Educación rural,
pandemia y virtualidad en el sur cordobés***

Lic. Stella Maris Arce

arcestella@hotmail.com

Escuela Rural Patricias Argentinas
Chazón – Argentina

CORRECCIÓN LITERARIA
Almendra Figueroa

Recibido: 9 de septiembre de 2021 / Aprobado para publicación: 5 de noviembre de 2021



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Educar con el corazón. Educación rural, pandemia y virtualidad en el sur cordobés

STELLA MARIS ARCE

*Ser maestro es ser investigador, ser un apasionado por
la búsqueda, por encontrar el camino, por hacer el
camino... el camino se encuentra caminando*

Maestro Luis Iglesias, referente de la educación rural,
pionero, innovador, humano, humilde.

2

La escuela rural a la cual voy a hacer referencia se encuentra entre las localidades de Chazón y Ucacha. Está precisamente a 18km de Ucacha –trcho compuesto por 15km de ruta y 3km de camino de tierra–, y pertenece a la localidad de Chazón, en el departamento General San Martín. Su nombre es Patricias Argentinas, Colonia “La Ranchera”. Esta escuela cumplió 69 años el pasado mes de septiembre. Es muy querida por los colonos del lugar, ya que por ella ha pasado mucha gente de localidades vecinas. Es también famosa por la Fiesta Suiza que se realiza todos los 4 de agosto y que reúne a más de 700 personas de la región, pese a que estos dos últimos años ha sido interrumpida por la pandemia. El edificio escolar se encuentra al lado del viejo Club Sportivo “La Ranchera”, el cual presta sus instalaciones para que los chicos y chicas puedan hacer actividades como educación física en época de frío o lluvia. El resto está rodeado de campos cultivados, y a lo lejos se pueden observar casas viejas abandonadas, que llamamos “taperas”. Los niños y niñas que asisten a la escuela provienen de zona rural, campo adentro; algunos viven a una distancia de 11 km y otros, los que están más cerca, a 2 km. Llegan trasladados por sus padres en auto o camioneta.

Para poder contextualizar mejor esta experiencia en educación rural, comenzaré compartiendo algunos trazos de mi trayectoria docente. Inicié mi carrera en escuelas urbanas, con uno o dos grados a cargo en áreas como Lengua y Ciencias Naturales, trabajando junto a muchas compañeras de grado –de primero a sexto–, a las que se añadieron docentes de ramos especiales, de jornada extendida, auxiliares, directora y vicedirectora. Recuerdo que una vez por año nos tocaba realizar carteleras de efemérides y un único acto, y que después, te olvidabas. También, cada quince días, las reuniones docentes en contraturno extendían la jornada laboral. Así transcurrieron mis seis años en urbanidad, hasta que me llegó el acto de titularidad en una escuela rural. Y allí fui, a ciegas. Y digo “a ciegas” porque no tenía movilidad para llegar al campo; podía manejarme “a dedo”, pero me dejaban a la orilla de la ruta y tenía que caminar 3km para llegar hasta la escuela. Así que me fui acomodando: los primeros meses, un familiar me llevaba en moto hasta la institución y me iba a buscar a la hora de salida; hasta que tuve mi propia moto y comencé a manejarme sola. Salía muy temprano en la mañana y volvía pasado el mediodía, después de limpiar y dejar todo ordenado para el día siguiente. La escuela era, o mejor dicho, es una casa más, donde se debe dejar limpia la cocina, el aula grande, un aula más pequeña y el baño, que se encuentra afuera. Además de la limpieza, asumí tareas de gestión educativa, que incluían dar respuestas inmediatas a correos y circulares, implementar actividades que nos enviaban para realizar el relevamiento anual, matrícula, actas, gestión del estudiante y más multitareas (como la cooperadora escolar, en la que colaboran ex alumnos y gente de la colonia).

Mis comienzos en ruralidad fueron de aprendizaje, y pronto me encontré dando clases a niños y niñas de diferentes edades, desde nivel inicial (sala de 4 y 5) hasta diversos grados de nivel primario. Era “personal único”: directivo, docente, auxiliar y todo lo que se les pueda ocurrir que existe en una institución escolar. Hacer la merienda, servirla, limpiar, dictar clases, atender a los padres o cualquier persona que llegara y, sobre todo, no perder el norte: los alumnos y las alumnas, su aprendizaje. La modalidad rural no cuenta con un diseño curricular específico; por lo tanto, se toma el diseño curricular de educación primaria, donde se presentan objetivos, aprendizajes y contenidos divididos por ciclos: primer ciclo (primero, segundo y tercer grado) y segundo ciclo (cuarto, quinto y sexto grado). A partir de

allí, y dependiendo de los grados que cada año pueda tener la escuela rural, se buscan los contenidos y se los va graduando a cada nivel y situación. Esto implica planificar y, en algunos casos, realizar adecuaciones curriculares desde nivel inicial hasta todos los grados que haya en funcionamiento. Cabe aclarar que no todas las docentes rurales son maestras jardineras. En mi caso, soy docente de nivel inicial y también de primaria –lo que me ayudó mucho al momento de trabajar con los más pequeños–; pero muchas de mis compañeras no lo son, y eso dificulta la tarea de enseñar a los estudiantes de primaria. Sabemos que los alumnos de nivel inicial, al ser más pequeños, necesitan mayor atención y, al estar solas, las docentes no debemos perderlos de vista.

Así comencé a trabajar en lo que se denomina “aulas multigrado”: agrupaciones flexibles en donde grupos pequeños de niños y niñas de diferentes edades trabajan en un mismo contenido adecuado a su edad y conocimiento, compartiendo no solo el aula sino también situaciones didácticas y saberes. Por ejemplo, cuando un estudiante termina de realizar sus actividades puede colaborar explicándole a su compañero del mismo grado o de grados más chicos. Es un aprendizaje cooperativo y de ayuda mutua. Como explicaba anteriormente, cuando planificamos en multigrado se realiza una secuencia didáctica o proyecto con un tema en común, y se van graduando según el grado en que se encuentra el niño o la niña: todos ven el mismo contenido adecuado a su nivel de aprendizaje.

Este espacio se convierte en un lugar muy significativo donde se reproducen modelos, se establecen relaciones sociales y se asumen valores democráticos. En el aula se promueve y se desarrolla un buen aprendizaje convivencial, las y los alumnos son solidarios, compañeros de sus compañeros y colaboradores. Así, se conforma un lugar donde se potencian los valores solidarios (ayudar al otro, saber reconocer cuando algo hace mal, pedir disculpas y ayudar al que más necesita) y las habilidades, en forma conjunta.

Todo lo descrito anteriormente se desarrollaba en lo cotidiano en un ciclo escolar “normal”, antes de que llegara la pandemia. Solo una semana después de haber comenzado el ciclo lectivo 2020, me encontré de pronto inserta, desde mi lugar de docente rural, en una situación inesperada. Una empieza con todas las ganas, con la alegría del reencuentro, de contar lo que hicimos en las vacaciones y de comenzar los primeros contenidos del año. Observar el entusiasmo de los niños

y las niñas de primer grado al usar sus cuadernos por primera vez, sus lápices, y compartir con sus compañeritos. También están los que ingresan al jardincito, para quienes es todo nuevo. Una semana perfecta en donde los profes de jornadas extendidas habían comenzado a dictar clases. Y, de pronto, nos encontramos con que debíamos cerrar las escuelas y buscar la mejor manera de que los chicos continuaran recibiendo enseñanza pedagógica. Al comienzo no resultó para nada desconocido trabajar de forma remota, dado que en ruralidad estamos acostumbrados a esa modalidad. Por ejemplo, los días de lluvia, cuando los alumnos no asisten a la escuela por el mal estado de los caminos, llevan un cuaderno de actividades que al retorno corregimos. En este ejercicio, vamos explicando los contenidos que no supieron entender. Sin embargo, cuando el tiempo fue extendiéndose más de lo habitual y las exigencias del Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba fueron otras, en un momento nos vimos “remándola en dulce de leche”, perdidas sin saber qué hacer. Digo “perdidas” porque en ruralidad trabajamos en conjunto con diferentes escuelas de la misma zona, de modo que tenemos la oportunidad de intercambiar problemáticas con las colegas del agrupamiento.

Todas estábamos en la misma situación, mientras desde el Ministerio de Educación nos llegaban páginas online donde enviaban planificaciones de unas unidades hermosas, con links para entrar a vídeos o canciones, pero donde no se pensaba en la diversidad de situaciones. Muchos chicos no tenían acceso a internet y el único celular era utilizado por las familias como medio de comunicación con el pueblo para necesidades urgentes. Nos vimos rodeadas de cuadernillos “de la Nación”, como *Seguimos Educando*; de planificaciones “de la Provincia”, como *Tu Escuela en casa*; de nuestras respectivas carpetas planificadas para el año sin tocar y pensando cómo hacer.

Al principio, se repartieron los cuadernillos *Seguimos educando*, y los imprimía yo misma para distribuirlos. A los papás que podían, se los enviaba en PDF para que los imprimieran, aunque eran muy pocos los que tenían esa posibilidad. Luego, a través de audios por WhatsApp, los papás planteaban sus dudas y dificultades: por ejemplo, cuando había links de videos o de cuentos a los que no podían acceder. En estas situaciones, descargaba los videos y se los mandaba directamente. Otra dificultad fue que esos cuadernillos tenían contenidos

que, muchas veces, no tenían nada que ver con su realidad, sobre todo con el contexto de la ruralidad.

Hubo momentos en que tuve que recurrir a los patrones de los campos donde trabajan las familias para que les alcanzaran las actividades y cuadernillos, o decirles que cuando llegaran al pueblo, pasaran por mi casa a buscarlas. A la mayoría de los niños también les enviaba revistas o diarios para recortar, ya que no tenían. Los papás sabían que de cada actividad había que mandar “evidencia”; es decir, fotos de sus hijos realizando las actividades, videos en donde leían, fotos de sus cuadernos o carpetas. Entonces, eso hacían: los chicos realizaban las actividades y los padres mandaban las fotografías por WhatsApp. Mi teléfono, de pronto, se vio lleno de fotos, pero como conozco a los niños de tantos años (algunos están desde el jardincito), muchas veces notaba que no era la manito de ellos la que aparecía realizando las actividades, sino la de sus papás.

Los nenes de primero también mandaban sus tareas, pero no tenía la certeza de que ellos estuvieran aprendiendo. Fue un año en que me cuestioné muchas cosas, preocupada por cómo seguir con estos niños que no mandaban evidencias de lectura, mientras notaba que los papás realizaban las actividades por ellos. Terminé realizando cuadernillos caseros con actividades accesibles y fáciles de nivel inicial, para que por lo menos tuvieran lo básico, pero con la tristeza de no saber cómo estaban adquiriendo los contenidos y los aprendizajes deseados.

No sucedió lo mismo con estudiantes de quinto grado, que tenían acceso a internet en su casa. Con ellos hicimos llamadas por WhatsApp y clases por Google Meet. Estos niños tenían la oportunidad de asistir también a las clases con los profesores de jornada extendida: inglés, ciencias, literatura, TIC (tecnologías de la información y la comunicación), y actividades que enviaba el profesor de Educación Física. Se notaba la presencia de los padres en los chicos de segundo ciclo que enviaban las actividades todos los días y se conectaban a las clases, a diferencia de los chicos de primer ciclo. Al observar estas divergencias, entendía que se trataba de un problema de falta de recursos, y de situaciones en las que los papás que no habían completado su formación escolar, lo que complicaba aún más a los niños. Sin embargo, hacían lo que podían y enviaban las “evidencias”.

Mientras tanto, desde Inspección continuamente pedían las planillas de alumnos “vinculados” y “desvinculados”, indagando si se conectaban, si no se

conectaban, qué medios tenían, qué aprendizajes iban adquiriendo, cuáles se adeudaban. Grillas de monitoreo que solamente quedaban en papeles, en planillas y no reflejaban la realidad. También realicé mucha lectura de evaluación formativa, para luego elaborar una retroalimentación a los alumnos mediante informes que destacaban los aspectos positivos, a partir de lo que podía visualizar en las “evidencias”. Por ejemplo, los aprendizajes logrados, devoluciones de lecturas que realizaban y enviaban a través de videos, exposiciones orales en donde los niños y niñas explicaban una temática específica, videos en donde hacían actividades físicas, etc.

Fue un año estresante, con mucha incertidumbre. Estaba pendiente del teléfono, sobre todo de aquellos papás que sabía que les costaba más, incentivándolos, enviándoles audios. No puedo decir que esos padres estaban “desvinculados”. Estaban preocupados por la educación de sus hijos, pero hacían lo que podían, y una, como docente, muchas veces se sentía desorientada y no podía encontrar el norte. ¿Cómo seguir con esos niñitos que recién comenzaban a alfabetizarse y no empezaron justamente de la mejor manera?

Esta pandemia mostró la gran brecha educativa, en la que no todos los niños y niñas tienen igualdad de oportunidades, no todos cuentan con recursos, ni tienen la posibilidad de ir a una maestra particular para que los ayude. Solo tienen a sus padres y a la docente rural y, en algunos casos, a profesores de jornada extendida que hacían lo posible para que tuvieran clases. Fue un ir y venir con la planificación, improvisar muchas veces, repensar sobre todo cómo hacer con los más pequeños que tenían que comenzar a dar sus primeros pasos en lectura y escritura. Muchas veces me sentí defraudada de mí misma, sentí impotencia de no poder estar con ellos, a su lado, como estamos acostumbrados en el aula: aprender con el otro.

Ya terminando el ciclo lectivo 2020, como parte de la gestión del estudiante, tuvimos que realizar informes con los aprendizajes esperados, los contenidos enseñados, si el niño los había logrado o si estaban pendientes. Para llenar esas planillas, que luego se entregaban a los padres, solo teníamos las “evidencias” y la confianza en ellas. Se habían conectado siempre, y los padres de una forma u otra siempre estuvieron en contacto. Pero sabía que en el nuevo ciclo lectivo, 2021, me iba a encontrar con muchas sorpresas, y no de las agradables.

Tuvimos la suerte, al menos en mi zona, de que en ruralidad comenzamos en modalidad presencial desde el primer día de clases, con todos los contratiempos que ello implicó: no contar con los elementos necesarios, gestionar los kits Covid, acostumbrarnos a no abrazarnos, al distanciamiento –que con el tiempo se olvida– y, hoy, lo que queda de cuidado, es el barbijo.

Comenzamos el 2021 revisando los contenidos del año anterior y reforzando aquellos que no habían sido adquiridos. Lamentablemente, los niños de primer ciclo que estaban en primer y tercer grado emigraron junto a sus familias a otras provincias por el trabajo de sus padres. Para esos niños y niñas, tuve que realizar un informe destinado a la escuela receptora contando lo que se pudo hacer a partir de las “evidencias”. Durante el mes que fueron mis alumnos, antes de que se mudaran, pude comprobar que los niños no reconocían las palabras, no leían y que tenían que empezar de cero. Pero, como comenté, por cuestiones laborales familiares, dos niños se trasladaron a otra escuela y otros dos a otra provincia. Me queda la tranquilidad de que hice todo lo que estaba a mi alcance en ese tiempo hasta que se fueron. Los niños que quedaron están en sexto actualmente. Con ellos continuamos con contenidos pertinentes al grado, pero siempre recordando lo del año anterior, repasando y reforzando los contenidos que no recuerdan o de los que no están suficientemente seguros.

En la región sur de la provincia de Córdoba, las escuelas rurales se van quedando sin matrícula, con la incertidumbre de no saber qué va a pasar, mientras que cada vez son menos las familias que viven en zonas rurales. Y si bien, como docente titular, no peligra mi fuente de trabajo en caso de cierre, desde el interior sabemos que si una escuela rural cierra sus puertas es muy difícil que se vuelva a abrir.

La escuela rural en la que trabajo se encuentra con dificultades económicas, como la mayoría de las escuelas rurales en donde no hay una cuota cooperadora. Solamente se les pide a las familias una caja de mate cocido, un kilo de azúcar y elementos de limpieza con los que puedan colaborar. Una escuela rural que es asistida por el municipio, ante el cual estamos gestionando continuamente y nos da respuestas lo más rápido posible. Una escuela rural en donde circula el afecto, la necesidad de los niños de contar sus vivencias, de sentir que son escuchados y también –¿por qué no?– de una docente que se encuentra contenida y que siente

que todavía hay esperanza y futuro. Una escuela en donde los niños te enseñan desde el funcionamiento de una mínima máquina agrícola hasta el nacimiento de un animal, en un aprendizaje continuo por parte de la docente. Ellos saben qué se está sembrando en cada época del año y no son ajenos a las problemáticas que los rodean, como la contaminación ambiental por las fumigaciones terrestres y por residuos tóxicos que se ven desparramados por las calles del campo. En la escuela plantean estos temas y reflexionan al respecto, mientras que, en muchos casos, de eso no se puede hablar ante la sociedad. Cuando escucho hablar a estos niños, me doy cuenta de que una no lo sabe todo. Ellos tienen tanto conocimiento de su vida diaria, de los trabajos de sus padres, del clima, que, como yo les digo, tranquilamente pueden lograr lo que se propongan.

En las escuelas rurales se visualiza el respeto, el acompañamiento, la cooperación y la solidaridad de los padres; valores que en mis años de docencia no viví en otro lugar y espero seguir viviendo aquí. Ojalá podamos continuar en el futuro como lo venimos haciendo, de modo presencial, ya que los más perjudicados son los niños y las niñas. Y que no volvamos a tener otro año como el 2020 ya que, más allá de los aprendizajes y contenidos que adquieren en la escuela, para ellos es un lugar esperado, de reencuentro cada día, de afecto y muchas veces la única salida que tienen.

Sobre la autora

STELLA MARIS ARCE es Profesora en Primero y Segundo Ciclo de Educación General Básica (EGB), y Profesora en Educación Inicial, carreras realizadas en el Instituto Superior Clelia Fanny Castagnino de la ciudad de Ucacha. También es Licenciada en Enseñanza de Ciencias del Ambiente por la Facultad Regional de San Francisco, en la Universidad Tecnológica Nacional. Diplomada en Educación Emocional por la Universidad Nacional de Villa María, y Diplomada en Formación de Acompañantes Comunitarias/os Contra la Violencia de Género por el Ministerio de la Mujer de la Provincia de Córdoba, y las Universidades e Institutos Universitarios de Córdoba que integran la Red. Cursó el Posgrado en Formación de Acompañantes Comunitarias/os contra la Violencia de Género y el Posgrado de Asistencia Integral



a Varones que ejercen violencia de género, ambos en la Universidad Provincial de Córdoba. Actualmente realizando la Licenciatura en Gestión Educativa de la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Se desempeña desde el año 2015 como docente rural PU (Personal Único). Temas de interés: continuar capacitándose y actualizándose para afrontar las problemáticas actuales.